

# Una conferencia nacional de hombres de negocios

Hace unos meses se celebró en Barcelona una Asamblea de importadores, exportadores y compradores, no exenta de importancia, con el plausible propósito de puntualizar ante los poderes públicos, sus nobles y legítimas aspiraciones concretadas luego de discusiones serenas en conclusiones que, llevadas a Madrid, tuvieron genéricamente la mejor acogida y en donde están siendo objeto de estudio para acceder en cuanto sea posible a las mismas. Y decimos, en lo posible, porque acaso aun siendo justas como a nosotros nos parecieran, no puedan ser atendidas ni todas ni algunas en la forma solicitada, ya por dificultades externas, ya por inconvenientes que surjan de encontrados intereses que las Autoridades deban ponderar.

Por de pronto entendemos que la celebración de esa Asamblea, sin la presencia en la misma de delegaciones oficiales, reveló la amplia libertad de discusión y exposición en que se leyó a los asambleístas y ello prueba la mejor disposición gubernamental para que todos los estamentos expongan sus ideas, opiniones y aspiraciones, lo cual es sencillamente digno de aplauso, mientras de otro lado puso de relieve que los asambleístas, hombres de negocios y de trabajo que luchan cada día con dificultades, supieron conducirse serenamente y señalar defectos corregibles para dar agilidad y rapidez a su actuación privada, que es lo mismo que dársela a nuestro comercio exterior. Su plan era,

pues, de cooperación con la acción estatal, ya reconocida en la Asamblea como difícil y compleja.

Mas, por el ejemplo que tal Asamblea nos ha mostrado, es sencillamente por la que ahora nos atrevemos a propugnar, en apoyo como en todos nuestros trabajos de la tarea vigente del Ministerio de Industria y Comercio, nos atrevemos a propugnar repetimos, que se autorice la celebración de una Conferencia nacional de hombres de negocios, idea que alguna publicación lanzó al desgaire, cuando en 1944 se celebró aquella otra, internacional, de Rye (Nueva York), como necesaria en España, en donde se pierde ya el recuerdo de aquellos II y III Congresos Nacionales de Economía celebrados en 1917 en Madrid y en 1918 en Valencia... como si en nuestro país todos los problemas económicos, político-económicos, y económico-sociales que entonces teníamos planteados y los fenómenos nuevos que las guerras y las alteraciones geopolíticas del mundo nos han planteado estuvieran ya resueltos o estudiados.

Sólo que esta hora no es ya de disposiciones teóricas, sino de resoluciones inmediatas para tantos problemas. Y porque es así parece lógico que en esa Conferencia, congreso, asamblea o como quiera llamársele, se reunieron los capitanes de empresa, los conductores de las grandes sociedades nacionales, bancarias, mineras, navales, siderúrgicas, hidroeléctricas, navieras, químicas, importadoras y exportadoras, papeleras, agrícolas, etcétera, etc., para que con luz y taquígrafos, cada grupo exponga su pensamiento, no sólo con respecto a la situación del mismo y a sus aspiraciones en el área nacional, sino con respecto al genérico y complejo momento de nuestra economía en su doble aspecto de nacional e internacional.

Exponer sencillamente la situación de cada grupo industrial o sus dificultades y aun sus quejas sería poco. No, no; lo que se precisa es que conozcamos todos qué opinan los navieros de la siderurgia, qué los fabricantes de cemento de los mineros, qué los Bancos de la industria metalúrgica, qué la industria textil de los exportadores y ello para que el grupo contrario conteste y ya lo hemos dicho, para que los grandes grupos de la producción nacional expongan, sintéticamente, la concepción que ellos tienen de los problemas básicos nacionales y cuál sea su criterio en orden a nuestros problemas exteriores.

De seguro que el Gobierno les otorgaría la

misma libertad que a los asambleístas importadores y exportadores reunidos en Barcelona y seguramente también que los conferencistas o conferenciantes de esa reunión de hombres de negocios no descenderán a la mera, aunque objetiva crítica de nuestra situación, sino que podríamos esperar, tenemos el derecho de esperar, que surgieran en la nominata asamblea fórmulas clarividentes, para sugerir a los poderes públicos soluciones viables para muchos, para pocos o para algunos problemas cuando menos.

Algo de lo que pretendemos es verdad que se ha dejado impreso en las memorias de algunas grandes sociedades, leídas previamente en las Juntas generales de accionistas, pero aun siendo muchas de tales exposiciones acertadas, otras pecan de doctrinales, de difusas o dejan traslucir leves discrepancias frente a la política económica nacional en esta difícil hora, sin que por ello se vea en las mismas sino rara vez que se apunten soluciones concretas y viables, para cooperar a encauzar una acción gubernamental, que acierte a complacer al mayor número de lectores de nuestra producción y de nuestra economía.

La crítica, desde un llevado punto de vista, consciente, razonada, apuntando sugerencias y aun soluciones, puede ser una manera coadyuvante a la restauración de lesiones, causadas acaso a ciertas manifestaciones del trabajo nacional por la acción pública, bien que involuntariamente, y si ello ha sucedido casi siempre con desagradecido e inmerecido beneficio de otro sector de nuestra propia economía.

Pero hablar solamente de las nuevas cargas sociales, de las dificultades que este o el otro sindicato, departamento u oficina se complace en crear; hablar sencillamente de que hay que exportar o de que se concedan más permisos de importación, de que no hay carbón, de que la circulación fiduciaria ha aumentado la semana anterior; achacar ayer la inflación a los medios oficiales y hoy por contra la deflación, hablar de la rapidez del Instituto Español de Moneda Extranjera por la no concesión de esta o la otra divisa sin apuntar soluciones; protestar contra los cupos o contra la concesión de esta o la otra industria por quienes se empeñan en hacernos felices si nos convertimos en sus clientes forzosos, pensando sólo en los intereses de grupo, se nos antoja que no alumbrará el camino que nos conduzca a realizaciones prácticas.

Para apagar esos runrunes de tertulia, esas apasionadas y endebles ideáticas de quienes consideran que España tiene que ir a remolque de sus peculiares intereses, por respetables que sean, creemos

que se hace preciso permitir que las opiniones de hombres avezados a regir negocios, empresas y sociedades de alto relieve en la economía del país, se manifieste para conocimiento de la nación entera.

Congregáranse los capitales de empresa de nuestra industria y de nuestra banca, los cien o ciento cincuenta hombres más notables de España entera, los Gamazo, los Garnica, los Fierro, los Villalonga, los Ventosa, los Quijano, los Anastasio Pascual, los Arteché, los Urquijo, los Mahon, en fin, ya lo hemos dicho, los ciento cincuenta hombres más capacitados en la dirección de múltiples negocios de variada contextura a su vez y posiblemente la asamblea habría de ofrecernos óptimos frutos para lo porvenir.

Algunos de los citados señores tenemos idea de que concurrieron a la referida Conferencia Internacional de hombres de negocios de Rye y precisamente representando a España y formando parte de las comisiones de «Fomento y protección de Inversiones» y de la de «Industrialización de nuevas zonas» dos problemas hay entre muchos otros de gran interés en el ámbito nacional, aparte de que posiblemente de la conferencia, podrían surgir desde la necesaria concretación de industrias, trayectoria que en principio ya se ha iniciado por tales hombres, hasta la creación inmediata de sociedades capaces de acometer realización *determinada* incluso en consorcio con grupos capitalistas e industriales extranjeros, en términos que las sociedades cumplieren los ineludibles preceptos que determina nuestra legislación a tales efectos.

Es seguro, repetimos, como al principio dijimos, la alteza de miras, la elevación del juicio, la ponderación del criterio y el patriotismo de los hombres citados y de otras personalidades que omitimos y por ello una tal conferencia, en parte contraste o controversia de opiniones, constituiría un acontecimiento de trascendencia incluso frente al exterior y cuyas conclusiones serían sin disputa la más férvida cooperación que las fuerzas productoras de España ofrendarían al Generalísimo Franco en esta hora de reconstrucción nacional.

GREGORIO FERNANDEZ DIEZ.